

Pablo García

## Variaciones en torno al «Lazarillo»



Hay algo que caracteriza al *Lazarillo de Tormes* es esa suave aunque certera ironía con que carga contra moros y cristianos, vale decir, contra quienes sangraron y desangraron a España.

Lazarillo es un inadaptado o diremos mejor, es el ambiente de picardía el que no le calza. Porque el pícaro genuino no sólo sabe amoldarse a las situaciones adversas sino que intuye de dónde sopla el viento y cómo ha de gobernar la nave para llevarla a puerto seguro.

Pero veamos. Aquí se dan los palos como jugando y sin recalcar las situaciones con la moraleja apropiada. Simplemente se amontonan los hechos, se narran circunstancias, se pintan caracteres que sin duda han sido sacados, limpios y palpitantes, de la vida misma.

El estilo es escueto, directo. La observación de los personajes es cruelmente certera. El autor actúa como un psicólogo consumado y no permite que los protagonistas se le escapen por la tangente de las pesadas reflexiones morales a que fueron tan inclinados los escritores de su tiempo.

Nada hay aquí rebuscado ni ha pasado por el tamiz de la concepción estética que tanto perjuicio ocasiona a menudo aún a la obra mejor construída.

Sin duda este libro fué escrito en uno de esos escasos instantes

de lucidez espiritual que se dan a lo lejos en la vida de los pueblos y que tan honda huella han dejado a través de la historia literaria de la humanidad.

Sin embargo, lo escueto del estilo y ese ir al grano en las situaciones, cerrando los ojos al paisaje y a la vida en derredor de los protagonistas, dan la impresión de que no se trata de una autobiografía, aun cuando la sagaz observación del carácter de los personajes sólo puede ser producto de una vigorosa intuición o de la vecindad directa e íntima con tales sujetos.

Este libro ha sido escrito en trance de amargura y dolor y quien lo pergeñó sudó por los poros de su espíritu la angustia de aquella España, desconcertada y humillada, que advino cuando los descalabros hicieron pedazos los gloriosos escuadrones de quien otrora fuera campeona de la fe y la hidalgía cristianas.

Porque, hecho curioso, el *Lazarillo* es un libro triste. No humorístico sino irónico; no de aventuras para reírlas, sino para meditarlas amargamente.

¿Qué pretendió el autor al escribir esta obra? Discutible es si existe un fin moral, una norma de conducta a seguir y si hay una intención, ella se ocultó hábilmente entre los pliegues de la historia.

Aquí hay simplemente alguien que llevó a las páginas de su libro parte de lo que vió a su alrededor. El clérigo pecador de avaricia con lo propio y de gula con lo ajeno. El miliciano que pasea su hambrienta pero pundonorosa figura, sin preocuparse de acrecentar su hacienda por el trabajo honrado y el esfuerzo eficaz y continuo que acumula riquezas, pero obliga a sudar y ensuciarse las manos. Al leer sus desventuras, no podemos por menos que entristecernos al pensar en su menguada hacienda, sus casas en ruinas, sus tierras sin labrar, pero altanero y orgulloso por haber sabido llevar a honorable fin ciertos asuntillos relacionados con sombreros de más o de menos.

Yo no sé si alguien ha rastreado el posible erasmismo del Lazarillo o su posición luterana. La hubiera o no, el velado ataque a

cosas de la iglesia era algo que flotaba en el ambiente y llamaba a reflexión. Era la defensa que un organismo enfermo intentaba contra los males que le hacían daño. Por lo demás, no se trataba de un sentimiento sacrílego, ya que de la misma iglesia se elevaron voces llamando al sacrificio y al rigor, para caminar de veras por la estrecha vereda de una piadosa vida cristiana.

Pero el problema de la corrupción religiosa había trascendido más allá de las fronteras y no era sólo un asunto español.

De carácter impetuoso, de ardiente celo por las cosas de la iglesia, Martín Lutero inicia la reforma en la Alemania de su tiempo y se convierte en el verdadero campeón de la lucha contra las desviaciones materiales de la fe.

Entre nosotros todavía no se ha estudiado con detenimiento el papel trascendental de Lutero en este aspecto de la cuestión y se debe, sin duda alguna, a que Erasmo, gracias a las facilidades de difusión que le dió la imprenta, pudo, más que ninguno, llegar a los más apartados rincones del mundo culto de su tiempo y figurar como el primer combatiente más que nada, por circunstancias de apariencia, que por el verdadero celo y ardor puesto en la lucha.

Con el correr del tiempo su figura se desdibuja y adquiere los verdaderos y opacos relieves de aquel cuyo lema parecía ser: cautela y prudencia.

Su temperamento es frío; su ánimo, cobarde. Su expresión, cauta y anodina. En realidad buscaba su acomodo y bienestar antes que las asperezas y duros afanes de la acción violenta y decidida. Es sin duda el gran estupefacto de la historia, pues tal vez nadie se sintiera más extrañado y temeroso de su éxito que él mismo, ya que por sobre todo ansiaba no definirse, para no chocar con nadie ni depender de nadie así fueran sus propias ideas.

Por eso no nos extrañe verlo, ya en el punto más alto de su vida, torcer de pronto hacia una posición reaccionaria y contradictoria, lo que no hace sino poner la rúbrica a toda una existencia de titubeos y doblado ánimo.

Erasmo es el gran bluff en la lucha por las ideas renovadoras

de su tiempo y a decir verdad, todos sus contemporáneos son erasmistas, menos él, pues desean sinceramente un cambio de situaciones. Quieren una iglesia purificada de malos elementos. Todos inciden en pensar que sólo de la purificación y del retorno a la antigua fe será posible esperar tiempos mejores para la cristiandad como elemento religioso y para Europa, como manifestación política de dicha fe.

España no podía permanecer alejada de tales inquietudes y anhelos. Ella había levantado primero que nadie y con cuánta honra, la bandera de Cristo. Había sido la Capitana y Espada Mayor de la Fe. Sus esfuerzos no podían ser vanos ni estéril el sacrificio de sus más preciados varones.

Por eso ella también buscaba a su modo una reforma y en la ruta final no sólo aparece caminando a parejas con ella, en su fervor y pureza, sino que la supera con mucho, porque la hace sin dividir ni debilitar el cuerpo vivo de Cristo, esto es, su iglesia.

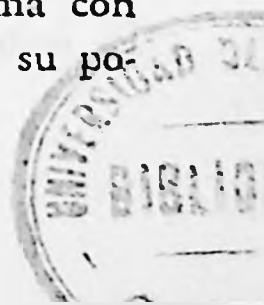
De ahí entonces que las voces surgen aquí y allá hasta cuajar en las páginas inmortales de las obras literarias de sus místicos y también en libros como el *Lazarillo de Tormes*.

Hay más amargura que afán de burla en los párrafos que se dedican a este aspecto del asunto. Pero es que se trata de un libro de ironía más que de humorismo, ya que no se busca ridiculizar actitudes que se inclinan a lo cómico, sino poner en evidencia las úlceras sociales que se cubrían bajo el ropaje de la hipocresía y la falsa piedad.

Refiriéndose a la avaricia del clérigo dirá el autor: “no sé si de su cosecha era o la había anexado con el hábito de clerecía”.

Y después, al ver las bellacadas de que se valía el bulero para engañar a la gente: “Cuántas de éstas deben hacer estos burladores entre la inocente gente”.

Mucho mejor andan sus simpatías con el escudero. Dice por boca de Lázaro: “Dios me es testigo que hoy día, cuando topo con alguno de sus hábitos con aquel paso y pompa, le he lástima con pensar si padece lo que aquel le vi sufrir. Al cual, con toda su po-



breza, holgaría de servir más que a los otros por lo que he dicho”.

A decir verdad, personaje picaresco es el bulero, pues sabe sacar partido —y en qué forma— de la credulidad ajena y al amparo de la santa madre iglesia, ejercita sus bellaquerías y tunantadas en combinación con alguaciles no menos badulaques.

Picaresco sería también el ciego, tío postizo de Lázaro, que ve el doble y aún el triple que sus semejantes, pues agrega a su experiencia y tino una sagacidad a la que los demás no alcanzan. Es como si dijéramos el fruto epónimo de la picardía de su tiempo.

Estos personajes son expresiones vulgares de la vida española y en este recorrido fugaz que hacemos con Lazarillo y sus desventuras, vemos también cómo va clareando un nuevo concepto de la vida, una manera distinta de enfrentarse a la realidad.

Para el Lazarillo o lo que es lo mismo, para el autor y la sociedad que está actuando en esas circunstancias, hay cosas que ya no cuentan y deben derogarse.

Pasado el período del conquistador, del guerrero intrépido y heroico. Apagados los fuegos de las armas mortíferas, urgía una ductibilidad que permitiera ir del estado de armas al estado de trabajo civil y de las faenas guerreras a las tranquilas actividades de la paz.

Pero estaba de por medio el honor en que habían nacido, crecido y realizado sus campañas las milicias del imperio y el honor fué un fardo pesado en la recuperación de España. Todo un complicado código descansaba sobre las espaldas de los caballeros y para ellos este honor importaba más que conseguir el diario sustento.

Y llega aquí el momento en que se enfrentan dos concepciones de la vida. La una, de quien ha vivido las gloriosas campañas militares de la otrora invencible España. La otra, del que a diario ha de batallar rudamente para procurarse el pan de cada día.

No ha participado Lazarillo en jornadas de conquistadores. Ninguna repercusión tienen en su sensibilidad los hechos que los soldados y grandes capitanes han labrado en la historia de su tiempo. El nada sabe de espadas, lanzas ni trabucos y si en sus manos tu-

viera alguna de estas prendas, a fe mía que las convirtiera en una buena hogaza de pan. Porque es allí donde él escribe su parte de historia: en la conquista del diario sustento y en esto el Lazarillo hace su duro aprendizaje de soldado y con el correr de los años conquista también sus galones, Dios sabe muy bien a qué precio.

El escudero le cuenta que ha dejado su tierra de Castilla la Vieja “no más de por quitar el bonete a un caballero su vecino”.

“—Señor —dice Lázaro—, si él era lo que decís y “tenía más que vos” ¿no errábades en no quitárselo primero, pues decís que él también os lo quitaba?”

“—Sí es y sí tiene y también me lo quitaba él a mí; mas de cuantas veces yo se lo quitaba primero, no fuera malo comedirse él alguna y ganarme por la mano”.

“—Paréceme, señor —le dije yo— que en eso no mirara, mayormente con mis mayores que yo y que “tienen más”.

“—Eres muchacho —me respondió— y no sientes las cosas de la honra, en que el día de hoy está todo el caudal de los hombres de bien”.

Para el soldado —mentalidad imperial— un hombre de bien era un hombre que tenía honra. Para Lazarillo, sólo merecía honra un hombre que tuviera bienes.

Por eso le dice al soldado: Si él era caballero y “tenía más que vos” y más adelante le reitera: Pareceme que en eso no mirara, mayormente con mis mayores que yo y que “tienen más”.

Por eso la actitud del escudero no lo enardece ni la encuentra razonable, sino por el contrario le inspira lástima y lo deja estupefacto. Es lógico que se ha de reverenciar a quien dispone de mayores bienes de fortuna, piensa el Lazarillo, pero es disparatado pasar los días en blanco, por aquello que el soldado llama el honor y que es cosa de sacarse o no el bonete otro primero que uno.

Pero el soldado se sabe digno de respeto, pues con su esfuerzo se ha creado un imperio y con su sangre y su arrogancia, España es algo en Europa. El está hecho para las nobles tareas de la gue-



rra. Que otros villanos se dediquen a las deshonrosas faenas agrícolas.

El no es un pobre cualquiera: es un propietario, pues posee un solar de casas y un palomar que, a no dudarlo, producirían una fortuna si no estuvieran, como están, las tierras abandonadas y pidiendo a gritos las manos de un labrador y el palomar, derribado, clamando por la mano diligente que lo reconstruya con amor.

Así, pues, el soldado es el personaje que ya hizo lo suyo y lo hizo bien, pero pertenece al pasado y en cuanto al presente, él podría hacer mucho si quisiera, pero no quiere y vegeta entonces como una sombra a la que sólo mantiene inhiesta el cuidado de su honor.

Qué muy otra hubiera sido la historia de España si tanto tipo estupendo pasara de capitán de tercio a jefe de industria o latifundio, pero estos afanes son para “quienquiera”, menos para un militar.

Ni se nombre siquiera tal asunto. Así lo vemos apostrofar a quien al verle le saluda con un “mantengaos Dios”: “Vos, don villano ruin ¿por qué no sois bien criado? ¿Mantengaos Dios me habéis de decir, como si fuese quienquiera? A los más altos como yo, no les han de hablar menos de: “Beso las manos de vuestra merced” o por lo menos: “Besoos, señor, las manos”, si el que me habla es caballero”.

“Y así, aquel de mi tierra que me atestaba de mantenimiento nunca más le quise sufrir ni sufriría ni sufriré a hombre del mundo, del rey abajo que “Mantengaos Dios” me diga”.

“—Pecador de mí —piensa Lázaro— por eso tienes tan poco cuidado de “mantenerte”, pues no sufres que nadie te lo ruegue”.

Así, pues, para el soldado que ya va de vuelta, su gran preocupación es no deshonrarse. Para el Lazarillo, que recién empieza su camino, es menester. Lo único que siente Lázaro, es hambre. Lo único que siente el soldado, es su honor.

El soldado goza de todas las simpatías de Lázaro. Ya ha dicho que con gusto volviera a servirle. En realidad, también goza de

nuestras simpatías, a pesar de que no procura poner remedio a su mala fortuna. Pero, qué hacerle, es al fin de cuentas un hombre de honor. Observemos que no es un tunante que malgasta sus haberes, sino un individuo que no se interesa en acrecentarlos al modo en uso. Es indudable que vive fuera de su época y por lo mismo ¿no es inconscientemente un desdichado?

Hemos visto en la vida a ciertas personas cuyos méritos y buen espíritu los hacen acreedores a disfrutar los halagos de la fortuna.

Ven cómo otros se encumbran, escalando situaciones, obteniendo privilegios y logros para los que no poseen méritos ni derechos. Y, sin embargo, ellos se quedan atrás. Hay algo en su estrella que repele a la buena fortuna y jamás progresan, como si su destino fuera sólo vegetar y vivir en medianía. Pasan los años, envejecen estos seres y con amarga tristeza piensan: “si yo hubiera podido”, “si esto hubiera ocurrido”, “si yo hubiera sido más afortunado”.

Fracasaron en sus gestiones, sus negocios se arruinaron. Han vivido en perpetua pobreza y ya no les queda nada sino el desconsuelo de ver que la suerte les ha sido adversa, tan sin motivo.

Camino allá va nuestro escudero. “Vine a esta ciudad pensando que hallaría un buen asiento, confiesa; mas no me ha sucedido como pensé. Canónigos y señores de iglesia muchos hallo: mas esa gente tan limitada, que no los sacaran de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla también me ruegan; mas servir con estos es gran trabajo”.

Los señores de palacio “no quieren ver en sus casas hombres virtuosos; antes los aborrecen y tienen en poco y llaman necios y que no son personas de negocios”.

“Busco un amo a quien servir, mas no quiere mi ventura que lo halle”.

¿No es esta la suerte del desdichado Cervantes? ¿No ha buscado en balde un amo poderoso a quien servir? ¿Y no se lo ha escamoteado siempre el destino?

“Por Dios, si con él topase, muy su gran privado pienso que



fuese y que mil servicios le hiciera, porque yo sabría mentillo tan bien como otro y agradable a las mil maravillas”.

Jamás topará con tal amo nuestro pobre soldado, pues los tiempos han cambiado y ya no hay cabida para los hombres virtuosos, antes “los aborrecen y tienen en poco y llaman necios y no son personas de negocios”.

Así es el destino y cada cual ha de beber el suyo hasta las heces. Adiós, querido escudero. Todas nuestras simpatías están contigo, pero ya sabemos que continuarás en tu inútil peregrinaje y que al fin darás con tus pobres huesos en los más lóbregos paisajes de la miseria. Será sin duda el premio a tu honradez y el justo castigo a no querer ingresar en la milicia de la bellaquería.

\* \* \*

Variadas son las aventuras en que se descalabra nuestro buen Lázaro. Pero en ninguna de ellas puede medrar honradamente, antes, por el contrario, le son motivo de perjuicio ya sea en lo material o en la salvación de su alma.

No había en la España de su tiempo campo ancho para que un mozo emprendedor, desenvuelto y sano de espíritu, se hiciera de una situación y encontrara acomodo a base de su esfuerzo personal. Lo mejor de España vaga de una punta a otra de la península, unos buscando su oportunidad; otros, como los raídos espectros de sucesos ya pasados.

España es en aquel tiempo un tránsito entre dos épocas. Era pues un momento pleno de dramatismo. Había que escoger y ver por cual recodo seguía su curso la historia. Si por el duro, pero a la larga fructuoso del trabajo honrado y perseverante; si por el fácil, de acurrucarse en cualquier logro que no significara esfuerzo ni sacrificio.

Ya vemos cómo desde allí arranca una actitud que todos hemos heredado en cuanto a no arremangarnos la camisa y ser hombres de acción ante las dificultades, sino cepillarnos la chaqueta y

ocultar nuestras miserias tras la falsa arrogancia del que tiene a menoscabo de su honra afrontar la pobreza con el esfuerzo creador y fecundo del que levanta industrias y mueve capitales, reunidos las más de las veces centavo a centavo.

Buscamos el camino fácil del empleo burocrático, donde se hace carrera a base del padrinazgo político y la componenda electoral y donde no progresa el más capaz sino el más hábil en el arte del adulo y el servilismo.

No han cambiado ciertamente los tiempos. Y así Lazarillo, tras muchas malaventuras, llegó a la conclusión de que la única manera de salir al encuentro del progreso era posible sólo gracias a "un oficio real, viendo que no hay nadie que medre sino los que lo tienen".

Dios o el diablo lo premian y un buen día es nombrado pregonero y otro encuentra esposa, aunque la dignidad y la honra le sean un poco esquivas.

Pero después de todo no le hace al caso, pues lo principal es ir viviendo y no sufrir hambre y acomodarse, que los añadidos y las costas nada valen ni a nada de provecho conducen.

Estamos en los albores de la picardía. Lázaro ha encontrado su acomodo, medrando en un oficio real. Pero pronto habrá una sobresaturación de burócratas y los descendientes del Lazarillo serán todos pícaros redomados. Por su parte el escudero, que es en esta novela un ejemplo de nobleza, hidalguía y desinterés, devendrá con el tiempo en el insigne y bellaco Sancho Panza.